

Ponerle palabras al vacío

Ybelice Briceño Linares

I.

De ese día recuerdo poco. Estaba en la habitación que compartía con mi hermana Gioco y jugaba con unos adornos de porcelana de su peinadora. Me gustaban sus adornos, había una colección de búhos y otra de gatos. De pronto alguien entró y nos dio la noticia: que había habido un accidente y el avión donde viajaba mi mamá se había caído. Por supuesto para mí, con apenas seis añitos, esa información de momento no significó mayor cosa, así que al poco tiempo estaba jugando de nuevo. No tenía ni idea de cómo mi vida iba a quedar marcada por ese suceso, que implicaría crecer sin una mamá. Y la verdad es que tardé muchos años en entenderlo, en procesarlo, y muchos más, en sanar.

Recuerdo que esa tarde a mis herman*s y a mí nos sacaron de la casa apresurad*s porque poco a poco empezaría a llegar la gente para el velorio. Tengo la imagen de salir por la puerta de la cocina llevada de la mano de algún adulto y ver una fila inmensa de personas vestidas de negro, como zamuros, con la mirada fija en nosotr*s y con una expresión pesada, que me asustaba. Luego, pasar entre la multitud con alguien protegiéndonos de sus gestos de compasión. Una vez «a salvo» en la casa del vecino nos llevaron a algún parque y en la noche fuimos a dormir a casa de mi tía Mirna, a donde me encantaba ir porque estaban mis primas

y porque había un parquecito debajo de su edificio en el que la pasábamos genial.

Al subir del parque a su casa, en la noche, recuerdo estar jugando y escuchar cierta conmoción. Estaban transmitiendo el noticiero por la tele y daban información de última hora de «la tragedia», como quedó bautizada para siempre en nuestra memoria. Anunciaban que habían encontrado restos de las pertenencias de los pasajeros y mostraban cédulas de identidad y otras cosas entre los escombros. No pude ver más porque me obligaron a irme a la habitación, pero lo poco que vi dejó una sensación turbia e inquietante.

A partir de ese día se abrió un silencio profundo, un abismo, que borró cualquier mención de mi mamá, cualquier historia, cualquier comentario, cualquier recuerdo. Jamás se hablaba de ella, ni de su muerte ni de su vida. Creo que mi padre y mis tías, para protegernos —o para protegerse ell*s— hicieron una suerte de pacto de silencio, hermético e impenetrable. Un pacto que nos hizo mucho daño porque nos dejó mud*s. Con el corazón suspendido en el aire en un larguísimo paréntesis. Y nos hizo daño porque sin hacer el duelo y sin nombrar el dolor, es imposible sanar.

Tuvieron que pasar muchos años para que comenzara a mirar de frente el fantasma de la orfandad y hacerme preguntas sobre esa niña que fui. Para que comenzara a llorar y para permitirme reconocerme débil y vulnerable. Para permitirme desplomarme alguna vez, caer, y luego levantarme.

Hasta ese momento había construido un relato que me funcionaba a mí misma y dejaba conformes a las personas cuando me preguntaban por mi mamá, que siempre era una situación incómoda. «Mi mamá murió cuando tenía seis años. Pero bueno, era tan pequeña que la recuerdo poco y quizá por eso no me hizo tanta falta». Pero un día esa respuesta que parecía infalible, como un muro de concreto que contenía toda mi tristeza y mi debilidad, se

desplomó. Se vino abajo estrepitosamente y con ella se removieron los cimientos sobre los que había construido mi verdad, mi historia y la imagen de mí misma como niña fuerte y autosuficiente, casi invencible. Eso que durante años me sirvió para salir adelante y casi criarme a mí misma un día ya no funcionó más. A partir de ahí comencé a ver el vacío que dejó en mí la partida de mi mamá y esa inmensa necesidad de amor que me marcó durante tantos años.

II.

El 2 de septiembre de 1976 un avión Hércules de las Fuerzas Armadas Venezolanas despegó rumbo a Barcelona con 52 jóvenes pertenecientes al Orfeón de la Universidad Central de Venezuela. El grupo viajaba para participar en un festival de coros, pero jamás llegó a su destino. Sus vidas quedaron cortadas por un accidente macabro, que a much*s nos dejó marcad*s para siempre.

El Orfeón, compuesto en su mayoría por estudiantes universitari*s, había recibido la invitación a participar en el 12.º Festival Internacional del Canto Coral que se realizaría en Cataluña. La universidad no contaba con presupuesto para costear un viaje como ese, pero l*s muchach*s estaban empeñados en asistir. Era un honor haber sido invitad*s a ese evento y estaban decidid*s a cumplir su plan.

Así, comenzaron a hacer gestiones y a tocar distintas puertas, hasta lograr que la Federación de Centros Universitarios elevara su solicitud al presidente Carlos Andrés Pérez, quien finalmente respondió ofreciendo un avión militar para que los transportara.

El Hércules, por ser un avión militar no destinado a pasajeros, no era adecuado para realizar un viaje como ese. Originalmente no disponía de asientos, ni de comodidades para esa ruta tan larga. Además, requería que se hicieran tres paradas para re-

poner combustible para llegar a su destino. Pero para los coristas lo importante era viajar. Para algun*s de ell*s, este era su primer festival internacional. Para otr*s, como mi madre, era su última presentación antes de retirarse de la coral.

Raúl Delgado Estévez, uno de los orfeonistas, se había adelantado en otro vuelo para prepararlo todo antes de la llegada del grupo a Barcelona. Por su parte, el director, Vinicio Adames, quien se encontraba de vacaciones con su familia, tuvo que regresar precipitadamente a Venezuela al constatar, con sorpresa, que sí habían conseguido los medios necesarios para poder hacer el viaje. Cuentan que al llegar a Caracas le ofrecieron irse en un vuelo comercial a Barcelona, pero que él se negó diciendo que prefería *viajar con sus muchachos*. Así que volaron juntos haciendo escala tras escala. Al llegar a Las Bermudas, algun*s aprovecharon para enviar postales a sus familiares.

130 Por esos días, la tormenta Emmy azotaba el océano Atlántico con fuerza. Ya era la madrugada del 3 de septiembre cuando se aproximaron al archipiélago de Las Azores. El piloto del avión Hércules, que conocía la ruta y confiaba en la estabilidad de la nave, se acercó a la Isla Terceira atravesando la tormenta. El mal tiempo había retrasado el vuelo y disponían de muy poca gasolina. La comunicación con la torre de control del aeropuerto era inestable por la lluvia. El piloto intentó aterrizar con dificultad dos veces, sin lograrlo. Hasta que, al fin, en el tercer intento, el avión se vino abajo vencido por la tormenta. En medio de la oscuridad más profunda, la nave cayó entre rocas volcánicas, a pocos metros de la pista.

La población de la Isla Terceira despertaría esa noche con el estruendo del impacto, en medio de los truenos y relámpagos de la lluvia torrencial. Al llegar al lugar constatarían con horror lo sucedido; la cola de un avión, restos de equipaje, escombros, un montón de partituras dispersas y los cuerpos de los jóvenes caídos podían verse en la penumbra de la noche. El pueblo de la isla asu-

miría inmediatamente ese dolor como algo propio en un gesto de amor y generosidad infinito.

Al otro lado del océano la noticia sacudió Venezuela y trascendió a toda Latinoamérica como una tragedia mayúscula. El país se paralizó, se decretó duelo nacional y una multitud estupefacta y conmovida llenó los alrededores del Aula Magna de la Universidad Central para despedirse de su Coro.

Las investigaciones sobre las responsabilidades del accidente arrojaron pocas luces. Pero se supo, por una grabación, que l*s jóvenes, en medio de las turbulencias de la tormenta, iban cantando el himno de la Universidad Central. Cantaban para vencer el miedo.

En la inauguración del 12.º Festival de Coros en Barcelona se conservó el espacio destinado al Orfeón Universitario Venezolano. Y al sonar el himno nacional se pudo ver a un joven, de pie, solo, empuñando el asta de la bandera. Era Raúl Delgado Estévez, a quien le tocó la enorme y dolorosa misión de estar presente en representación de sus compañeros fallecidos.

Una semana después de la tragedia, algunas familias recibieron, con estupor, las postales enviadas de Las Bermudas, en las que l*s jóvenes enviaban saludos y escribían con entusiasmo sobre ese viaje que se iniciaba y que jamás llegó a término.

Ese viaje sin final fue para much*s, como yo, el principio de otro tiempo. Un tiempo suspendido, mudo, huidizo. Un vacío profundo al cual apenas hoy, cuarenta y ocho años después, me atrevo a colocarle, titubeante, algunas palabras.

Ybelice Briceño Linares

Socióloga por la Universidad Central de Venezuela. Máster en Sociología y doctora en Sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona (España).

Ha realizado investigaciones en las áreas de comunicación, interculturalidad, identidades juveniles, culturas populares urbanas. Es autora del libro *Del mestizaje a la hibridación. Discursos hegemónicos sobre cultura en América Latina* (Fundación Celarg, 2006), y de diversos artículos académicos y capítulos de libros en el campo de los estudios culturales, teoría de la comunicación, identidades colectivas, cultura y política.

Actualmente, se desempeña como docente e investigadora de la Universidad de las Artes. Forma parte de la Red Iberoamericana Políticas y Estéticas de la Memoria. Y está desarrollando una investigación sobre activismos feministas, pedagogías y modos de subjetivación política.